# Mi clase no es la rúbrica

Reflexiones desde el aula que no caben en el formato oficial

## Prólogo: Lo que enseño no entra en un casillero

Hace años que entrego mis planificaciones a tiempo, firmo las actas, subo mis notas al sistema. Sé jugar el juego. Pero mi clase real —la que ocurre entre silencios, miradas, y decisiones que no se documentan— no está en ninguna rúbrica.

Este no es un reclamo. Es una confesión. Lo que sigue son fragmentos de una práctica viva, de una enseñanza que no cabe en los formatos oficiales. Porque enseñar, al final, es estar presente donde nadie más puede estar.

## Capítulo 1: Entre lo planificado y lo posible

Cada vez que redacto un objetivo de aprendizaje en el papel, sé que en el aula será otra cosa. No por incapacidad, sino porque la realidad educativa no se deja predecir.

El día que tenía planeado enseñar fracciones, una alumna lloró por la muerte de su perro. Ese día no hubo fracciones. Hubo duelo, escucha, humanidad. El sistema no lo registra, pero fue una lección mucho más importante.

## Capítulo 2: La pedagogía del gesto mínimo

Un profesor no solo enseña contenidos. Enseña también cómo se enfrenta la frustración, cómo se reconoce el error, cómo se trata al otro.

He aprendido que mirar a los ojos a un estudiante que falla vale más que repetirle la rúbrica. Que una nota justa no siempre refleja el esfuerzo, y que a veces hay que elegir entre ser justo según el sistema o justo según la historia del alumno.

## Capítulo 3: Evaluar sin traicionar

La evaluación es uno de los campos de batalla más difíciles. Los formatos piden objetividad, estandarización, métricas. Pero los estudiantes no son estándares.

He redactado rúbricas que yo mismo no creo. Porque si las cambio, el sistema me observa. Así que evalúo como me piden… pero también evalúo en otro nivel: el que me permite decirle a un estudiante 'tú puedes, aunque aún no lo logres'.

## Capítulo 4: Lo que no enseñé, pero sembré

Nunca enseñé resiliencia como tema. Pero la sembré cada vez que volví a intentarlo con un grupo difícil. Nunca dicté una clase sobre ética, pero la mostré cuando defendí a un alumno incomprendido.

Hay aprendizajes que no se nombran, pero se quedan. Aprendizajes que florecen años después. Y que solo ocurren si uno está ahí, cuerpo presente, sin automatismos.

## Capítulo 5: El aula como acto de fe

Hay días en que todo sale mal. La clase no fluye, los estudiantes no responden, la energía se va. Pero aun así, uno vuelve al día siguiente. No por deber. Por fe. Fe en que algo quedó. Fe en que el aula es todavía un lugar donde puede pasar algo verdadero.

Esa fe no se mide. No se audita. No tiene KPI. Pero sostiene a quienes seguimos enseñando con el alma expuesta.

## Epílogo: Enseñar es resistir con elegancia

Mi clase no es la rúbrica. Nunca lo fue. La rúbrica es la sombra de lo que intento. La formalidad de un gesto mucho más profundo.

Sigo redactando indicadores. Pero también sigo creyendo en la mirada que confirma, en el silencio que acompaña, en el gesto que levanta. Y mientras esa fe me dure, seguiré entrando al aula como quien entra en combate… pero con elegancia.